

1º: La Anunciación del Ángel y la Encarnación del Verbo

El Anuncio del Arcángel san Gabriel a María Santísima es un misterio de gozo donde se mezclan la sublimidad y la sencillez. El Verbo, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, se hace hombre para habitar entre nosotros. La humilde doncella de Nazaret, oculta a los ojos de la Humanidad, acepta con sencillez y valentía el Anuncio del enviado del Cielo. En su «sí» se halla resumida la Historia de la salvación, y tras él, vinieron sobre los hombres y mujeres de todos los tiempos los más grandes y maravillosos bienes.

Un excelente ejemplo de humildad lo encontramos en María, quien, al ser elegida Madre del Mesías, no se enorgullece, sino que se abisma en el misterio y acepta por amor al Señor su divina voluntad. Sabiendo que el camino de la humillación es garantía de salvación, la Virgen ha pedido tantas veces en El Escorial la humildad y la sencillez. *«Por eso os pido, hijos míos: —decía en el mensaje de 16 de octubre de 1983— sed humildes, con vuestra humildad podéis dar ejemplo a muchas almas».* Que el Señor nos conceda esta virtud tan importante, que hallaremos en su Corazón manso y humilde.

2º: La Visitación de María a santa Isabel

En la escena evangélica de la Visitación resalta especialmente la virtud de la caridad, que de modo tan eminente brilla en el Corazón de la Virgen. El amor, en Ella, era como la energía que animaba su alma, para hacer el bien y derramar bondad por dondequiera que pasaba. Si de Jesús refiere el libro de los *Hechos de los Apóstoles* (*Hch* 10, 38) que «pasó haciendo el bien», podemos manifestar lo mismo de María Santísima, pues también Ella practicó con todos, en todo lugar y momento, esta virtud principal.

En el mensaje de 3 de septiembre de 1983, la Virgen ofrece una enseñanza sobre el ejercicio de la caridad con el prójimo basada en el *Evangelio* y en la *Primera Carta de San Juan*: «...Por eso os pido: amad a vuestros semejantes, porque si no amáis a vuestros semejantes, no podéis amar a Dios, hijos míos, porque el amor viene de Dios. También, si alguno os dice (...) que ama a Dios y no ama a su prójimo, no le creáis, hijos míos, porque está mintiendo (...); no puede amar a Dios que no lo ve, si no ama a su hermano que está viéndole diariamente».

3º: El Nacimiento del Hijo de Dios

El Eterno se manifiesta en el tiempo; el que estaba en lo más alto del Cielo se abaja hasta la Tierra; el que fue engendrado por el Padre desde toda la eternidad, se encarna en el seno de la Virgen como hombre mortal. Es el misterio de la humillación del Verbo, que, desde el seno de la Santísima Trinidad, viene hasta nosotros, haciéndose hombre y compartiendo los sufrimientos de toda la Humanidad.

Ante tantas maravillas, nuestros corazones no se asombran ni emocionan ni sienten un agradecimiento inmenso ante la misericordia del Altísimo. Somos rutinarios, acostumbrados a las gracias que recibimos. El Hijo de Dios se hace hombre, pobre, humilde, padece calor y frío..., hasta la entrega última de su vida por amor a nosotros. Manifestaba el Señor en un mensaje: *«Me hice hombre igual que los hombres en todo menos en el pecado, para recobrar la amistad que había perdido con ellos. Vine a hacerme hombre y a morir en una cruz. Derramé mi Sangre para la redención y la salvación de las almas (...). Sólo un amigo es capaz de morir por el amigo (...). Todo el que da la vida por el amigo tendrá vida eterna...»* (7-9-1991).

4º: La Presentación del Niño Jesús y Purificación de la Virgen María

En el misterio de la Presentación del Niño Jesús en el Templo y la Purificación de nuestra Señora, podemos meditar en varias virtudes que resaltan en Jesús y en María. Nos fijamos en la obediencia, tan necesaria para la vida cristiana en general y para las almas consagradas en particular.

Es admirable que el Creador de cielos y Tierra, que no tenía obligación de someterse a las leyes judías, lo haga por amor, con profunda humildad y dándonos un ejemplo sublime de obediencia. Y es que en la práctica de esta virtud el Señor y la Virgen son ejemplares.

En el Evangelio, al terminar este pasaje donde aparecen Jesús Niño, La Virgen y san José, señala san Lucas: «Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos» (Lc 2, 51). Y de la santísima Virgen afirma san Luis María Grignon: «Lo que Eva condenó y perdió por desobediencia, lo salvó María con la obediencia»¹.

Así, en los mensajes de Prado Nuevo, no falta la referencia a esta hermosa virtud; por eso, insistía la Virgen en el mensaje de 5 de agosto de 1989: «*No se le da importancia a la obediencia y es muy importante*».

¹ *Tratado de la verdadera devoción*, 53.

5º: El Niño Jesús perdido y hallado en el templo

En el quinto misterio de gozo contemplamos a Jesús Niño, quien actúa con firmeza y dominio de la situación, a pesar de su corta edad, pues —como afirma san Pablo— en Él habitaba toda la plenitud de la divinidad (cf. *Col 2, 9*). Amaba a su Madre con mayor unción que cualquier otro hijo de este mundo; amaba y respetaba a san José, como su padre adoptivo en la Tierra. Pero les responde con palabras llenas de sabiduría: «¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?» (*Lc 2, 49*).

Con tan excelente ejemplo, pudo predicar después a sus discípulos, con plena libertad y autoridad: «El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí» (*Mt 10, 37*). El Señor quiere a la persona completa, que se entregue en cuerpo y alma a su causa: la de la salvación de las almas y la predicación de la Buena Nueva, el anuncio de Jesucristo muerto y resucitado. Quien quiere seguir este camino tendrá que estar dispuesto a muchas renunciaciones para seguir las huellas del Maestro, que no se deja ganar en generosidad, pues promete a la vez: «...todo aquél que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o hacienda por mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará vida eterna» (*Mt 19, 29*).